

El cine en *Crisis*

El cine como negocio

Carlos Calvo

La crisis en el cine tiene sus indicadores en la desaparición de las salas de cine y en la ausencia de apuestas por el cine de autor por parte de la industria.



Pintura 2 (Carmelo Méndiz)

El cine es la mezcla más monstruosa de inteligencia y de estupidez, de cultura y de ignorancia, de honradez y de robo, de ingenuidad y de astucia, que la sociedad ha conseguido reunir jamás. Y, sin embargo, con todo esto, la potencia de este medio es enorme. La primera mitad del siglo veinte quedará ciertamente caracterizada, entre otras cosas, por el nacimiento y afirmación de este medio de comunicación, cuyo alcance trasciende los límites de la expresión artística e incluso del espectáculo. El espíritu del cine seguirá sobreviviendo más allá de los cambios de formas que aporten las permanentes revoluciones técnicas.

Desde la invención de los hermanos Lumière, allá por el año 1895, que hacía prácticamente posible la reproducción de las imágenes en

movimiento, hasta hoy, se puede decir que el cine ha penetrado en todos los dominios de la vida contemporánea: desde el laboratorio de investigaciones científicas hasta la escuela, desde el periodismo a la publicidad, desde la documentación con fines de estudio al espectáculo recreativo. Seguidores de las más variadas disciplinas culturales no pueden dejar de ocuparse del cine tanto como instrumento de búsqueda y de comunicación como por los reflejos de orden psicológico, social, político, moral, estético, que derrama sobre la colectividad humana. Para resolver la crisis actual del cine es necesario que todo el problema sea visto orgánicamente y, de la misma forma, se resuelva. El cine hay que defenderlo en nombre de la inteligencia, pero hay que hacerlo inteligentemente.

“ El cine ha penetrado en todos los dominios de la vida contemporánea. ”

El cine puede contar historias sobre las cosas que pasan en la vida y algunos cineastas deciden hacerlas y compartirlas con los demás. El cine básicamente de entretenimiento, algo perfectamente legítimo, no debe marginar otro tipo de narración. Pero ha ocurrido un salto gigantesco con la revolución tecnológica, que ha cambiado completamente las pautas de casi todo. Ahora es más difícil todo, no solamente en el cine. La palabra cine pertenece al pasado. Estamos asistiendo a un cambio absoluto en la forma de entendernos, de relacionarnos. Antes vivíamos en la era analógica y ahora

estamos en la digital, que supone algo parecido a lo que produjo la máquina de vapor. No hay que satanizarlo ni sacralizarlo, sino que forma parte del proceso histórico. Los escribanos desaparecieron cuando apareció la imprenta y los jornaleros desaparecieron cuando surgieron la cosechadora y el tractor. El marxismo sigue teniendo vigencia cuando entiende que los medios de producción son los que condicionan y crean una forma de relación y de entendimiento de la sociedad.

“ El cine de autor, el que hurga en las emociones y chapotea en la condición humana, está en peligro de extinción. ”

Si nos fijamos bien, las salas de cine como antaño las entendíamos han ido desapareciendo ante otras tendencias de ocio. Ahora agonizan. Las salas de cine, como los seres humanos, nacen, crecen, se desarrollan y mueren. La expansión de la televisión comenzó a restarle espectadores y le provocó al cine la primera gran crisis. El *boom* del vídeo doméstico causó otro gran bajón en la afluencia del público a las salas. La crisis más profunda para el cine llegó con la aparición de plataformas digitales de televisión, que multiplicaron la oferta de películas para verlas cómodamente en el salón de casa. Esa crisis provocó el cierre de numerosos cines. La puntilla llegó con el abaratamiento de la alta tecnología del sector y el acceso de la gente al ámbito de la imagen, pero, sobre todo, por la extraordinaria irrupción de internet y de las redes sociales como vehículo de comunicación.

Estos fenómenos han acarreado la muerte biológica, o casi, de lo que antes era conocido como cine. En Zaragoza, sin ir más lejos, la sangría de los cierres de las míticas salas de

estreno del centro urbano —Rex, Dorado, Avenida, Actualidades, Goya, Coliseo Equitativa, Argensola, Coso, Mola, Don Quijote, Buñuel, Renoir, Elíseos...— o las de reestreno, ubicadas generalmente en las barriadas —Torrero, Venecia, Victoria, Roxy, Dux, Rialto, Palacio, París, Gran Vía, Pax, Norte, Salamanca, Arlequín, Latino...—, es un dato esclarecedor. Y otro dato irrefutable es el cambio de hábitos en el consumo familiar de películas. A la hora de elegir pantalla grande se opta por las salas de los centros comerciales, en los que se puede devorar cine y comida basura. Los clásicos cines zaragozanos han sido absorbidos, maldita sea, por las grandes superficies (Aragonia, Grancasa, Puerto Venecia, Yelmo Plaza Imperial). En la capital del Ebro, salvo el cine Cervantes y los multicines Palafox, el centro se ha quedado sin salas. Del recogimiento a la algarabía. Del cine comprometido al entretenimiento vano e inane. Del cine de autor al cine más comercial.

“ Estamos todos en una zona de confort que anula de manera radical la experimentación y el riesgo. ”

El cine de autor, el que hurga en las emociones y chapotea en la condición humana, está en peligro de extinción, como el lince ibérico, el tigre de Bengala o cualquier quiosco de prensa y pequeño comercio en general. El cine de autor, esto es, está amenazado por las grandes maquinarias cinematográficas que, encima, andan moldeando los gustos de la audiencia. Parece que el cine ya no está interesado en plasmar la complejidad de las emociones humanas ni en ahondar en las preocupaciones reales. Parece que el cine, en fin, ya no sintoniza con esa voluntad de cartografiar los

sentimientos, cuestiones más bien complejas como la culpa, el perdón y la redención. Triunfan la fantasía y el escapismo, pero el cine de autor, demonios, cada vez está más reducido, es un nicho, y las grandes maquinarias lo están ocupando todo. No hay esperanzas para el optimismo, aunque sí las puede haber en el documental. Casi todo lo demás son secuelas de secuelas de secuelas. O, peor aún, precuelas de precuelas de precuelas. Y eso es algo que va a tener, más temprano que tarde, un efecto muy profundo en la próxima generación de espectadores.

El cine de autor parece encontrarse en un callejón sin salida. Un cine hecho con las entrañas desde postulados independientes que, muchas veces, no encuentra la respuesta de las distribuidoras porque el público no acude a verlo. Y no es una pose intelectual, porque eso no quita para reconocer el cine de género o cualquier otro que guste al público. No todo en este mundo, claro, tiene que ser necesariamente cine de autor. Pero es verdad que el arrinconamiento que sufre de un tiempo a esta parte es un hecho palpable.

Recordemos otro hecho palpable: la entrega de premios en la gala de los Goya 2016. Los académicos de la cosa no creyeron oportuno nominar a películas de la enjundia y categoría de *Un día perfecto para volar*, de Marc Recha, ni *La academia de las musas*, de José Luis Guerín, ni *Las altas presiones*, de Ángel Santos, ni *El apóstata*, de Federico Veiroj, ni *Los héroes del mal*, de Zoe Berriatúa, ni *El camino más largo para llegar a casa*, de Sergi Pérez, ni *Todo es vigilia*, de Hermes Paralluelo, ni *O fútbol*, de Carlos Muguiro y Sergio Iksman. El año que triunfó *La soledad*, de Jaime Rosales, parece la excepción que confirma la regla. Y la regla es seguir tirando balones fuera y arriesgarse lo justo. Bendita calamidad.